

entrevista

a José Luis Moreno Pestaña a propósito de su libro Filosofía y Sociología en Jesús Ibañez

por Ildefonso Marqués

Ildefonso Marqués Perales es investigador en sociología del Centro de Estudios Andaluces y José Luis Moreno Pestaña es profesor de filosofía de la Universidad de Cádiz. Los dos, además de compartir un entusiasmo por la obra del pensador francés Pierre Bourdieu (sobre la que han publicado ya varios textos), trabajan e investigan con el filósofo gaditano —aunque nacido en Sevilla— Francisco Vázquez, catedrático de filosofía de la universidad de Cádiz.

Lo que sigue es una entrevista de Ildefonso Marqués a José Luis Moreno a propósito de la obra de éste último titulada *Filosofía y Sociología de Jesús Ibañez*, publicada por la editorial Siglo XXI. Es éste su segundo libro, después de *Convirtiéndose en Foucault* (Barcelona, Montesinos, 2006), trabajo que fue vertido al francés y que ha tenido una acogida excelente.

¿En qué sentido es importante, para un público no especializado en ciencias sociales, pero con ansias de conocer la historia del pensamiento en España, conocer un libro como el que acabas de publicar? O dicho de otra forma menos personal, ¿quién es Jesús Ibañez y cuáles han sido sus mayores aportes al conjunto de la ciencia social española?

Jesús Ibañez ha sido, sin duda, el sociólogo español más carismático de la segunda mitad del siglo XX. Creó, cosa única en la historia de las ciencias sociales españolas, con otros compañeros, una técnica de investigación original (el grupo de discusión), hizo una importante crítica de la encuesta estadística (en la que él era un experto extraordinario y un introductor en España) y, como sociólogo, planificó y asesoró la introducción de muchas grandes firmas comerciales en España y conoció de primera mano el despliegue del capitalismo de consumo en



España. Ibáñez (con Alfonso Ortí y Ángel de Lucas, otros dos sociólogos potentísimos) generó una escuela, pese a su escaso poder académico y a su marginación institucional de años: eso lo dice todo de su fuerza teórica y de su personalidad, paradójica, divertida y, detrás de su pipa y de su aspecto poco convencional (era gordo, tenía unos jerséis un tanto gastados...), muy cautivadora. Como profesor era extraordinario, aunque, para ser honesto, creo que no todos sus alumnos lo entendían. Con Ibáñez, mucha gente no iba buscando cátedras, pero sí, y lo obtenían, ideas para investigar y un sentido de conjunto sobre qué es hacer sociología. Mis amigos Luis Enrique Alonso, Sergio Ariza y Enrique Martín Criado me han hablado mucho al respecto. Otras personas también. También obtenían una enseñanza de cómo vivir de modo rebelde siendo un profesional competente. Eso es muy importante y conviene insistir hoy en ello: sin sentido de conjunto acerca de qué es pensar y vivir, una biografía intelectual desbarra en el oportunismo político, académico o mediático y, a largo plazo, incluso si tiene cosas que decir, se seca intelectualmente.

Políticamente, fue un joven falangista crítico y pasó a la izquierda en 1956 (como otro gran pensador español muy presente en el libro, Manuel Sacristán), pese a que mantuvo contactos con sus antiguas redes en el régimen —Manuel Fraga o Blas Piñar, por ejemplo, continuaron siendo sus amigos—. Los conflictos intelectuales y políticos en el régimen lo colocaron entre quienes aspiraban a la excelencia intelectual y por eso chocaban con la caradura que, por entonces, se dedicaba a atacar día sí y día también a Ortega y a marginar a Zubiri. Su origen rural, su propia conciencia de hombre poco convencional (hijo de madre soltera nacido un 29 de febrero...) y su sensibilidad falangista, le unieron a quienes rechazaban la conversión de España en una sucursal de EEUU y en un país insensible a la injusticia social. Lo pagó caro. Ibáñez sufrió mucho cuando lo tenía todo para haber realizado una carrera universitaria meteórica. No quiso. Y para una persona de su ambición intelectual, fue un calvario.

Después, con la ayuda de algunos amigos (como Salustiano del Campo), consiguió algo difícil: volver a la Universidad gracias al enorme prestigio que alcanzó como investigador de mercados. Ibáñez es una figura enigmática porque su trayectoria es constante: fue, incluso en sus errores, un gran intelectual, es decir, una persona ocupada por cuestiones intelectuales, sea como investigador de mercados o catedrático. Sus críticos lo reconocen. Pero su trayectoria también es ejemplar y representa a la gente que recuperó una conciencia política crítica, socialmente sensible e intelectualmente moderna desde las filas de los vencedores de la guerra civil. Mi libro propone una hipótesis compleja acerca de cómo se produjeron esos cambios y esa es una de, al menos así lo creo (¡qué voy a decir yo!), sus virtudes teóricas. Su marginación intelectual le obligó a renegar un tanto de su saber sociológico y a buscar la pompa filosófica —versión postmoderna— para expresarse. En eso, es un producto de nuestro medio. Es el tipo de cosas en las que está bien reflexionar colectivamente para no repetir las.

El hecho de abandonar las filas falangistas para comprometerse con la oposición política no lo desligó de sus compañeros franquistas. Todo parece indicar que las solidaridades surgidas al amparo del colegio mayor *Cesar Carlos* fueron más fuertes que aquellas que se crearon al calor de las luchas políticas. ¿Obedece esto a una lógica propia de las élites o es un producto más del provincianismo caciquil?

Para poder responder a esto, necesitaríamos un estudio de la producción de la nobleza de Estado en España y los lugares en los que se gesta su red de solidaridades, la resistencia de éstas, los espacios sociales en los que opera. La red del César Carlos me parece una red moderna, comparable a las europeas, políticamente plural y unida a ciertos espacios del Estado y del mundo intelectual.

¿Cuál es el motivo, a tu parecer, de que exista aún en España una división entre investigadores concentrados en el cultivo de la encuesta estadística e investigadores que prefieran la entrevista abierta, y como suele decirse, y en profundidad? O mejor dicho, ¿cuál es la razón que impide un acercamiento definitivo a ambas?

Lo intento explicar en mi libro. La escuela cualitativa de sociología considera que las cifras como tales no dicen nada o dicen algo bastante misterioso. Hay que hacerlas hablar. Por lo demás, las estadísticas se han convertido en símbolo de alguna gente (subrayo alguna) que no sabe lo que dice pero que lo dice, primero, según le han encargado, y segundo, pareciendo que habla la ciencia pura por su boca. Ibáñez, siempre atento en captar las mentiras y sus disfraces, decía que antes nos dominaban con los cuentos (en las formas de legitimación más tradicionales) y ahora por las cuentas. Ibáñez estudió mucha estadística y sabía bastante. Las matemáticas, por lo

demás, eran un ámbito en el que, como muchas cabezas teóricas, disfrutaba como un loco especulando (para mi gusto, más de la cuenta). Ángel de Lucas, un amigo de su grupo, es una persona con fuerte formación matemática. Aunque una parte del mundo académico desconfiaba de los métodos cualitativos, las firmas comerciales los acabaron impulsando: el pragmatismo capitalista tuvo un efecto intelectual buenísimo. Fueron los primeros que vieron que con los informes surgidos de los grupos de discusión se comprendía más la realidad que con muchas sofisticaciones estadísticas. Pero la división entre cualitativo y cuantitativo no tiene fuste e Ibáñez, pese a algunos excesos polémicos, lo sabía. En el fondo, toda buena investigación social es un trabajo artesanal que no puede resolverse en fórmulas estandarizadas o en programas informáticos. Requiere cierta competencia técnica, pero también trato prolongado con el objeto, simpatía por él y distancia psicológica, atención a los detalles, paciencia en la descripción y capacidad de insertar lo que se estudia en tramas más amplias.

A muchos lectores se nos cuenta que, en nuestro país, las ciencias sociales vinieron en exclusiva de la mano de la transición democrática. Aunque esto tenga parte de verdad, es una historia sumamente simplificada de nuestra historia. Se nos quiere contar que, como resultado de la libertad política, los investigadores españoles salieron al extranjero (a París, a Chicago, a Londres...), aprendieron las nuevas ciencias y las importaron a nuestro país. Sin embargo, una de las conquistas de *Filosofía y Sociología de Jesús Ibáñez* ha sido, a mi entender, haber sabido establecer una reciente y nueva micro-historia de los intelectuales en España, en la que la se construyó la historia desde lo que había en suelo patrio.



¿Cuál fue el papel del filósofo Xavier Zubiri, de los intelectuales falangistas Javier Conde y Enrique Gómez Arboleya, en la configuración de uno de los pensadores, considerado en la actualidad, como uno de los sociólogos más críticos de la historia de la sociología española?

España, como muchos países dominados intelectualmente, alterna entre el nacionalismo rabioso y el papanatismo por el exterior. Habría mucho que decir sobre los viajes y la legitimación por el “maestro” de más allá de nuestras fronteras. En esa mitificación de lo desgraciados que somos, Ortega tiene una parte de responsabilidad, siempre quejándose de cuánto hubiera hecho él si hubiera vivido en un país “normal” —como si no cociesen malas y buenas habas para la creación intelectual en todas partes—. Lo cierto es que, pese al deterioro cultural gravísimo que supuso la guerra civil y el franquismo, la gente continuó pensando, estudiando y leyendo. Zubiri era un pensador de primer orden, continuador del impulso de Ortega y conectado con muchas redes intelectuales europeas. Conde y Gómez Arboleya venían de la izquierda; la guerra, que los cogió muy jóvenes, los cambió de bando, y a tenor de lo que sabemos de ellos, pagaron psicológicamente, cada uno a su manera, su conversión un tanto atropellada y penaron en la doble vida. Debido a factores institucionales, la escuela de Ortega salió en buena parte de la filosofía, en la época ocupada de manera hegemónica por religiosos y asimilados, no todos ellos completamente dogmáticos y enfebrecidos, y se concentró en las ciencias sociales, la historia, la sociología, etc. Todo ello en coherencia con el propio Ortega que creía más bien poco en los corsés institucionales que nuestra universidad cortada por áreas de conocimiento ha interiorizado como evidentes. Si se lee *Misión de la Universidad*, uno se da cuenta de hasta qué punto era avanzado este hombre. Zubiri sirvió de referente intelectual a un grupo de pensadores más o menos ligados a Falange (entre lo que había antiguos rojos, como los dos por los que preguntas y que tendrían una evolución crítica con el régimen), muy jóvenes, que accedieron a puestos gracias a la guerra y la limpieza posterior, pero a los que educó filosóficamente y les animó a especializarse intelectualmente. De ese modo, a mitad de los 50, en la sociología y la ciencia política en España renace la red orteguiana (u orteguiano-zubiriana) y lo hacen abriéndose a las técnicas cuantitativas y con una base filosófica fuerte. Algo parecido pasa en Francia: Bourdieu y Passeron conocen la sociología desde una formación filosófica con contactos con la de Ibáñez.

Ibáñez es uno de los productos de ese entorno. Debido a las circunstancias políticas, no pudo salir de España a estudiar fuera. Pero su historia muestra que, incluso en un territorio tan peculiar como la investigación de mercados, y en un contexto tan duro como una dictadura política (siendo uno un perseguido de la misma...), puede florecer la creatividad intelectual. Para mi forma de ver las cosas, eso se produce porque hay una red colectiva de trabajo que lo permite, no porque la gente sea especial o tocada por las musas. En España, en los años 50 y 60 del siglo pasado, la había y muy interesante, aunque bastante desconocida. La intento describir en mi libro.

¿Podría llegar a afirmarse que esta es una de las diferencias entre un estado totalitario y otro autoritario? Mientras que el primero la red intelectual desaparece –recordemos la figura de Jdanov en la Unión Soviética o la sustitución de los catedráticos universitarios exiliados nada más finalizar la guerra civil española-, en el segundo malvive a trancas y barrancas.

En la URSS, por lo que yo sé había una vida intelectual enormemente interesante en ciertas áreas. No se puede hablar en abstracto. Stalin fue un tirano pero tenía posiciones sobre la lingüística de las que hasta Agustín García Calvo ha destacado el interés. El concepto de totalitarismo, si quiere significar (cosa que no está en Hannah Arendt), como se hace a veces, que todo está controlado (una cosa a lo Orwell, en 1984) es un absurdo y tiene que ver más con los fantasmas de los intelectuales acerca de las masas que con la descripción de la realidad de cualquier régimen.



Dices en tu escrito que muchos de los filósofos de la generación del 68 –tanto en Francia como en España – pasaron por tres fases. Una primera de contenido marxista, una segunda contracultural y una tercera democrática neoliberal. Señalas que algunos intelectuales han recorrido el trayecto al completo y otros no. ¿Podrías especificarnos con más detalle como se articularon estas transformaciones? ¿Cómo es comprensible que filósofos, cuyo marxismo ortodoxo o vasta crítica social nos sorprendían tanto, hayan acabado en las filas de la COPE, en los bancos de Gran Hermano o las columnas de La Razón?

Hay que afinar más esa tipología y habría que estudiar cada uno de los casos concretos a los que te refieres. Por una parte, la gente hace bien en cambiar de ideas si madura o se hace más sabia. Yo no defiendo la coherencia si eso significa encabezonamiento en el error. Habría que fiarse muy poco de los que nunca se equivocan. Cambiar es bueno y tampoco es absurdo hacerlo discretamente, porque no es cuestión de hacer psicodramas públicos (hay gente que vive intelectualmente arrepintiéndose de tonterías que ha dicho... para decir otras nuevas y continuar la rueda). Por otra parte, hay gente que no cambia aunque cambie de bando ideológico. Siempre han existido en la imprección, da igual de izquierda que de derecha, siempre han hablado buscando el titular –y para eso vale más lo extremoso que lo matizado– y siempre han estado movidos por el goce instantáneo y perverso de la condena y el trazo grueso. No por los placeres, trabajosos, del análisis, que otorgan la satisfacción de modo más lento. Como tú sabes, Durkheim decía que la sociología, cuando se hace bien, le disgusta a todo el mundo. Sobre todo a los de arriba, claro, que tienen más que perder, pero le disgusta a todos: así no se fundan sectas, ni se tocan los resortes de la entrega fanática, y no puedes pintar el mundo como la lucha del bien contra el mal. Eso tiene poco rendimiento: a la gente, culta o no, nos gusta vivir muchas veces en la economía de la simpleza y la demandamos a los mensajes intelectuales. Por lo demás, hay muchos casos en que nos encontramos ante simples cínicos vulgares vestidos de hombres de principios, *maquiaveletes* de bolsillo disfrazados de *savonarolas* –dicho sea con todo mi respeto por esas dos grandes figuras de la modernidad política–. Pero tampoco todo consiste en analizar a los intelectuales. Hay periodistas que trabajan explotadísimos y no tienen tiempo para cribar los mensajes que les llegan, otros con una formación cultural muy baja que sólo entiende de tópicos, y hay una lógica empresarial de existir por el escándalo y el titular que coacciona a decir cosas simplificadas.

Bourdieu intentó analizar esa dinámica y le cayó encima todo el mundo. Pero es algo que habría que estudiar aunque quien lo haga lo va a pasar “un poco” mal: existen censuras estructurales muy fuertes, que no se pueden atribuir a la buena o la mala voluntad de nadie en concreto, en los países democráticos. En fin, un intelectual es un ciudadano como cualquier otro. No tiene más competencia política que un tendero, un agente de seguros o un albañil. Porque la virtud política no viene porque se tenga competencia intelectual en un terreno determinado. Requiere sensibilidad, capacidad de conectar con los problemas cotidianos y coraje para enfrentarse a ellos, sentido de la medida, compromiso con ciertos fines, tolerancia ante la diferencia y el conflicto... Y eso se puede adquirir igualmente bien desde todos los lugares del espacio social y se puede distorsionar desde todos los certificados escolares.

Pero esto que nos dices no entronca bien con la imagen de intelectual comprometido que se enclava en la arena pública con criterio de legitimidad. Conocemos incluso los casos de intelectuales que han considerado la prensa más importante que incluso sus libros. Personalmente, creo que, en parte, la génesis de esto se la a debemos a Ortega. No obstante, ahí tenemos el caso de Fernando Savater o Julián Marías cuyo trabajo en *El País* y *ABC* ha sido tan importante como sus obras filosóficas.



Habría que asumir que esos intelectuales son *el* modelo de intelectual posible. Y que ser intelectual ayuda a ser más inteligente en política. Yo no lo creo. Ortega, por ejemplo, mantenía que un intelectual, un científico, es un tipo demasiado particular, y demasiado embebido por la gloria de su trabajo, como para fiarse políticamente de él. El intelectual puede discutir como ciudadano. No sé en qué ayuda saber sobre Nietzsche, el ADN o las guerras púnicas para pronunciarse sobre la ley de dependencia, la precarización del mercado de trabajo o la relación con África. Mi impresión es que, a veces, hasta obstaculiza la sensibilidad política.

Por otro lado, una de las conclusiones finales a las que llegas – y creo que con mucho acierto – se deriva de uno de los rasgos propios del ámbito intelectual español. En él, en muchas ocasiones es más importante pugnar alrededor de las aportaciones de un pensador foráneo que concentrarse en los problemas de su propia sociedad. Que dicho sea de paso, son los que tienen más a mano y los que les pueden servir para hacer algo creativo y original. ¿Crees que existen esperanzas para pensar hoy hay algo que está cambiando? ¿No crees que los jóvenes investigadores hayan aprendido la lección y aspiran más a hacer investigaciones más concretas y que no emulan ya con el mismo ahínco a los *Sartres* del momento?

La Universidad española ha cambiado en su composición social y en su extensión. Cada vez hay más gente intelectualmente preparada, de orígenes sociales más diversos y por tanto con sensibilidades más plurales, que conoce más las redes intelectuales de otros países, quizá con menos complejos. Esto último no lo sé. Hay razones para alegrarnos de algunas cosas, agradecerlo (no es malo agradecer...) a la gente que lo ha permitido, pero, en ocasiones, sólo se oye a los profetas del desastre, lo que es completamente irresponsable. Hoy, es verdad, hay gente más modesta y más especializada, aunque los egos inflacionarios se pueden esconder tras muchos ropajes. Además, ser narcisista no es tan malo: sin un poco de narcisismo nadie hace nada. No existe un modelo bueno de intelectual y otro malo: existen buenos o malos intelectuales en distintos modelos. Luego existen buenos o malos ciudadanos y, en fin, buenas o malas personas. Y muchos casos en los que será difícil decidirse por uno u otro adjetivo. Por eso, para un profesor de filosofía como yo, sería una pena que desapareciese el afán de globalidad y la actitud insumisa de gente como Sartre, con quien está de moda meterse desde criterios que yo no comparto. Hay que arriesgarse y equivocarse. Y a veces acertar.

Por último, ¿cómo crees que será recibido el libro? ¿Qué tipo de críticas te esperas?

Es un estudio de caso limitado en sus conclusiones, pero útil, creo yo, para pensar en otros intelectuales, españoles o no. Y un ensayo, con un material histórico, de filosofía de las ciencias sociales. Eso último me gustaría que no se perdiese de vista. Es un libro donde se ejerce la filosofía, aunque de un modo histórico y sociológico. Eso para mí tiene más valor que la simple discusión escolástica de autores y teorías: aquí se intenta analizar un científico social real en acción. El libro no es un final de investigación, porque hablar de Ibáñez exige hablar de todo su grupo, del que él es un nombre más, aunque lo represente por factores que intento analizar. En ello estoy, dentro de un proyecto del grupo de investigación, en el que tú también participas, en hacer una historia de la investigación cualitativa en España y de su nacimiento en el entorno de los años 50, dentro de las transformaciones de la filosofía española. Me gustaría que no se viera como un libro crítico con Ibáñez (¿quién soy yo para ser crítico con nadie?), sino que intenta ser justo, pese a que me equivoque y mucho, sin beaterio y sin ensañamiento. Lo digo porque estas dos aptitudes abundan más de lo que me gusta cuando se estudia a los intelectuales. Y que se valore lo que saco con mi método de análisis: qué se ilumina, qué cosas se revelan. Hay algo, me parece a mí: no existen los libros perfectos y hay que medirlos por los obstáculos que tenían ante sí y los que ayudan a salvar. Me encantaría que sirviese para la gente que continúa en la tradición sociológica abierta por Ibáñez —de la que muy modestamente, yo me considero parte— y que les ayudase a situar mejor las coordenadas de su trabajo. Me disgustaría mucho que se viera como un libro por o contra. Pero bueno. Yo digo lo que me parece y la gente también tiene derecho a decir lo que le parezca. Como me conozco, seguro que si me critican, en algún caso, me cabrearé y luego, si soy inteligente, se me pasará y aprenderé. Si hay debate todos aprenderemos y no se me ocurre pensar en mejor recepción de un libro. Hacerlo ya ha sido una experiencia excelente y la larga lista de agradecimientos incluye contradictores duros, que espero que sepan que mi reconocimiento es sincero.

